

CONQUISTA, COLONIZACIÓN Y VICTIMISMO EN LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA DE LOS SIGLOS XIX AL XXI

JAVIER AYALA CALDERÓN



RESUMEN

Aunque entre los historiadores académicos de México es muy común escuchar acerbos críticas en contra de la historia oficial debido a la deformación que esta hace de la realidad para justificar la permanencia de un grupo en el poder, dentro de la academia existen corrientes de interpretación ampliamente extendidas que, igualmente, deforman la historia a partir de posturas victimistas con respecto a otros grupos. Para comprender el fenómeno, por lo tanto, debe explicarse en qué consiste dicho victimismo y cómo se manifiesta en la historiografía oficial y académica entre los siglos XIX-XXI.

PALABRAS CLAVE: Historiografía, México, Conquista, Nueva España, Victimismo



Javier Ayala Calderón • División de Ciencias Sociales y Humanidades
Universidad de Guanajuato
Correo electrónico: javayacal@yahoo.com.mx
Tzintzun. Revista de Estudios Históricos • 84 (julio-diciembre 2026)
ISSNe: 2007-963X

CONQUEST, COLONIZATION, AND VICTIMHOOD IN MEXICAN HISTORIOGRAPHY OF THE 19TH AND 21ST CENTURIES

ABSTRACT

Although among academic historians in Mexico it is very common to hear criticisms of the official history for distorting reality to justify the permanence of a group in power, within the academy, there are widespread currents of interpretation that also distort it, rooted in victimist positions toward other groups. To understand the phenomenon, it is therefore necessary to explain what this victimhood consists of and how it manifests in official and academic historiography from the 19th to the 21st centuries.

KEYWORDS: Historiography, Mexico, Conquest, New Spain, Victimism.

CONQUÊTE, COLONISATION ET VICTIMISATION DANS L'HISTORIOGRAPHIE MEXICAINE DES XIXE ET XXIE SIÈCLES

RÉSUMÉ

Bien que les historiens universitaires mexicains critiquent couramment l'histoire officielle parce qu'elle déforme la réalité pour justifier la permanence d'un groupe au pouvoir, il existe au sein du monde universitaire des courants d'interprétation très répandus qui la déforment également sur la base de positions victimaires à l'égard d'autres groupes. Pour comprendre le phénomène, il est donc nécessaire d'expliquer en quoi consiste cette victimisation et comment elle se manifeste dans l'historiographie officielle et universitaire entre le XIXe et le XXe siècle.

MOTS-CLÉS: Historiographie, Mexique, Conquête, Nouvelle Espagne, Victimisation

INTRODUCCIÓN



En la breve semblanza autobiográfica de Solange Alberro incluida en el libro *Historiadores de México en el siglo XX* (1995), compilado por Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, esta investigadora se apunta como una declarada enemiga de la historia oficial. En palabras de la doctora Alberro, en México:

La historia oficial es una historia completamente subdesarrollada, con buenos y malos, con una imagería muy burda para niños, con colores muy fuertes, sin sombras, sin matices [...] parece haber sido escrita por fuentes jacobinas, estrechas y resentidas del siglo XIX. Y esto tiene que cambiar, porque no se puede seguir fomentando el odio con una visión maniqueísta de las cosas [...]. Pero lo que más me duele es ver cómo les inculcan a los mexicanos una especie de divorcio como parte de su propia personalidad. [...]. Es como decirle: ama a tu madre aunque la desprecies y odia a tu padre [...]. Y esto es lo que hacen en los libros de historia. Les inculcan el odio al español, a todo lo que es la Colonia...¹

¹ ALBERRO, "Solange Alberro", p. 465.

Que la historia oficial sea falaz y parcial es cosa que todos los historiadores sabemos desde hace mucho, puesto que la hemos encontrado así en cuanto abrimos los documentos originales que nos informan sobre los hechos que esta desfigura. Que carezca de sombras y de matices implica que para ella los buenos lo son en todos los sentidos, mientras que los malos ahí esbozados carecen del más mínimo asomo de humanidad. Seres así, que vistos de esta manera son tan evidentemente falsos, solo pueden engañar a los niños a quienes la doctora Alberro afirma que interpelan; pero esos niños crecen, y al crecer no suelen dejar atrás las creencias adquiridas durante la infancia, máxime si es una infancia machaconamente bombardeada día tras día con las mismas falsedades.

En México, tal historia oficial, caracterizada por su tendencia a venerar a los próceres e instituciones, convertidos en monumentos que recuerden a la ciudadanía el pasado glorioso concebido desde el poder con el fin de perpetuar el *statu quo*, fue siempre duramente confrontada desde la academia durante toda la segunda mitad del siglo xx y cualquiera hubiera supuesto que esa postura era una actitud derivada de la crítica científica objetiva contra todo tipo de historia falsa o deformante. En esos tiempos, de hecho, la idea expresada por Luis González de que “lo caliente no quita lo veraz”,² y de que se podía ser nacionalista sin faltar a la verdad histórica parecía una posibilidad real y alcanzable por los investigadores. Y esto era así porque para don Luis bastaba con ser consciente de la imposibilidad de distanciarse emotivamente del tema de investigación para que ya existiera un principio de objetividad en su punto de vista, a la par que el reconocimiento de las propias filias y fobias disminuía el riesgo de torcer la realidad del pasado y permitía tratar de corregir los posibles desvíos.³

Por lo mismo, cuando dentro del gremio se hablaba de una historiografía conscientemente deformante de los hechos, parecía que esto se refería casi por completo a la historia contada a los niños en la escuela de párvulos y difundida por el Estado para todo el público a través de los medios de comunicación masiva en las conmemoraciones nacionales, mientras que la historia contada por los historiadores académicos pasaba por ser científica y apegada a la verdad.⁴

² GONZÁLEZ, *El Oficio de Historiar*, p. 34.

³ GONZÁLEZ, *El Oficio de Historiar*, p. 34.

⁴ ALBERRO, “Solange Alberro”, p. 465.

Sin embargo, a la larga fue cada vez más evidente que incluso desde la academia y con las adecuaciones pertinentes, las deformaciones en las ideas y los argumentos se difundían y manejaban también de manera más o menos cotidiana a través de las publicaciones para consumo de historiadores profesionales sin necesidad de empatar con el oficialismo y mucho de lo que ya entonces podía verse en circulación desde las universidades y centros de investigación era mera historiografía partidista, axiológica y moral, y no científica ni objetiva ni desprejuiciada.

De hecho, la noción sobre las desviaciones de los historiadores profesionales al respecto no era tampoco nada novedosa, sino que ya desde la primera mitad del siglo xx, Daniel Cosío Villegas alertaba en sus seminarios a desconfiar de los investigadores que tenían respuesta para todo sin necesidad de investigación alguna⁵ y que a partir de sus posturas ideológicas solo esperaban tiempos mejores para cambiar la historia oficial por una versión no menos deformada de los acontecimientos, vistos desde una perspectiva política distinta.

En función de todo lo anterior, las preguntas que queremos formular en este trabajo son: ¿qué criterios deben cumplirse para caracterizar una interpretación histórica como victimista?, ¿de qué manera esta forma victimista de hacer historia se llevó a cabo en el país como parte de la historia oficial en los siglos xix y xx? y ¿cómo se manifiesta dicho victimismo en la historiografía académica mexicana de la actualidad? Y con el fin de facilitar nuestras observaciones al respecto, a lo largo de las próximas cuartillas usaremos como ejemplo de tal actividad solo una parcela de conocimiento histórico como es el proceso de conquista y colonización de la Nueva España toda vez que ha sido uno de los caballos de Troya favoritos de cada nueva corriente política en la lucha por el poder a partir del ataque a las interpretaciones históricas de sus rivales. No obstante, en estas páginas no pretendemos visitar la ya lejana (aunque hasta el momento no superada) pugna entre hispanistas e indigenistas, pues la discusión no se centra en la interrelación ni en la valoración de las partes en conflicto, sino únicamente en los matices sentimentales e hiperbólicos de los argumentos esgrimidos, en los intereses individuales o de grupo detrás de ellos y en las perspectivas

⁵ KRAUZE, "Daniel Cosío Villegas", p. 97.

teóricas desde las que se justifican ambas cosas en un cierto tipo de obras y autores.

ORÍGENES Y CARACTERÍSTICAS DE LA HISTORIOGRAFÍA VICTIMISTA EN MÉXICO

El nacionalismo como ideología y movimiento sociopolítico que tiene como finalidad generar conciencia e identificación de un individuo con una comunidad nacional era algo relativamente nuevo en el momento de la independencia de México, pues había comenzado a tomar relevancia apenas hacia fines del siglo XVIII, en el contexto de las llamadas revoluciones burguesas, cuando las personas dejaron de aceptar el gobierno de los monarcas como el resultado de la voluntad divina y empezaron a considerarse individuos libres que constituían la base de la sociedad y debían tener participación en su toma de decisiones.

Este movimiento se basaba en el concepto de Estado-nación, formado por un territorio delimitado, una administración política dada y que socialmente está compuesto por una comunidad imaginada que se concibe con particularidades compartidas derivadas de su nacimiento en aquel territorio y su apego a un idioma, una cultura, unas costumbres y unos valores imperantes en él, y de la idea de que cada nación, es decir, cada conjunto de individuos con tales elementos en común, tiene el derecho a tener su propio Estado soberano y autónomo con el objetivo de proteger y preservar su identidad e intereses.

Para cumplir con este objetivo, dentro del nacionalismo se intenta desarrollar en los ciudadanos un sentido de pertenencia, lealtad y apego a la nación a través del uso de distintas herramientas y estrategias que pueden ir desde la adopción de una bandera y un himno, hasta el arraigo de comidas y música típicas que se suponen representativas del conjunto social, pasando por la creación y reproducción de una interpretación usualmente sesgada de su pasado para justificar su existencia, lo cual la acerca a lo que conocemos como historia oficial. No obstante, hay diferencias entre una historia nacionalista y una historia oficial.

Una historia nacionalista es una narrativa histórica que enfatiza la importancia de la nación y su papel en la historia, y que a menudo presenta una visión sesgada y exagerada de sus logros y virtudes mientras minimiza

o ignora sus defectos y fracasos. La historia nacionalista tiende a exaltar y glorificar las victorias militares y los momentos de grandeza de los héroes que adopta como caudillos de la nación misma, mientras que minimiza o ignora las historias de otros grupos que pudieran haber contribuido a la construcción de la nación, y las fallas o errores cometidos por sus héroes.

Por otro lado, la historia oficial es la versión de la historia nacionalista aceptada y promovida por las autoridades de un país, en la cual se enfatizan los eventos o personajes importantes en la construcción de una identidad nacional de largo plazo como herramientas para justificar las políticas o acciones más inmediatas en turno. Así, mientras la historia nacionalista se enfoca en la promoción de la identidad y los intereses de una nación específica, la historia oficial es utilizada para los fines de promoción de un régimen o la justificación de sus políticas.

Entendido lo anterior, para los fines de este trabajo, por interpretación victimista de la historia entenderemos una visión revolucionaria, pero también resentida y sentimental de la historia con una fuerte tendencia a enfatizar la experiencia de un sujeto histórico que se asume como víctima dentro de un fenómeno histórico y a presentar el pasado en términos de injusticias y sufrimientos a manos de un poder que se juzga abusivo y arbitrario, lo cual ejemplificaremos en este caso con las investigaciones acerca de la conquista y colonización del territorio que conocemos como Nueva España.

Como podrá suponerse, aunque este enfoque puede ser importante para reconocer el dolor y las experiencias traumáticas de las personas efectivamente abusadas, también puede presentar algunos problemas que se deben tener en cuenta, particularmente los relativos al fenómeno del victimismo, entendido como la tendencia de un individuo, un grupo de personas o un colectivo a considerarse víctima sin serlo; es decir: una entidad que dice sufrir un daño, agresión o menoscabo inexistente, responsabilizando de él a un supuesto victimario o atacante como resultado de una relación de imposición y autoritarismo en donde el victimista aduce un estado original de desventaja para subrayar el abuso en su contra. Esta tendencia se caracteriza actualmente por el regodeo e insistencia en el lamento y la queja y en un alejamiento radical de la autocrítica por parte del victimista,⁶ así como, en el peor de los casos, por el deseo de incremen-

⁶ “Victimismo”, *ECURED*.

tar su capital político ante el público a partir de la invocación de la compasión y la solidaridad bajo un manto de candidez y debilidad, por un lado, y la exigencia recurrente y agresiva de justicia por el otro.

La víctima es el héroe de nuestro tiempo. Ser víctima otorga prestigio, exige escucha, promete y fomenta reconocimiento, activa un potente generador de identidad, de derecho, de autoestima. Inmuniza contra cualquier crítica, garantiza la inocencia más allá de toda duda razonable. [...] En la víctima se articulan carencia y reivindicación, debilidad y pretensión...⁷

Con todo el contexto previo, dentro del victimismo historiográfico podríamos ubicar las posturas viscerales y extremas en contra de los poderes políticos establecidos (con muy fuertes connotaciones revolucionarias orientadas hacia la defensa de las reivindicaciones sociales), así como en contra de las instituciones religiosas (aunque no necesariamente de corte irreligioso ni anticlerical) debido al colaboracionismo con el poder que se considera característico de estas. Paralelamente, a partir de esta definición, podemos ampliar su carácter y afirmar que después del siglo XVIII los protagonistas de su retórica no son ya la aristocracia y el pueblo, sino los enemigos políticos irreconciliables del momento, en donde una de las partes aduce un estado de indefensión y acusa de abuso a la otra, aunque el objetivo de tales movimientos (populares o no) siga presentándose como necesario para romper el poder hegemónico del victimario con el objetivo de crear una sociedad también supuestamente más igualitaria para la víctima, siempre, por supuesto, desde la perspectiva de quien la promueva.

LA HISTORIOGRAFÍA VICTIMISTA DECIMONÓNICA DE LA CONQUISTA Y COLONIZACIÓN

Para la primera mitad del siglo XIX, una vez concluido el proceso de Independencia, el panorama cultural de México había cambiado con respecto a su pasado novohispano inmediato; el neoclasicismo había dejado de estar vigente y el romanticismo se había impuesto entre las élites ilustradas como

⁷ GIGLIOLI, *Crítica de la víctima*, p. 7.

una manera de ver y experimentar el mundo, lo cual incidió en su manera de abordar el estudio y la escritura de la historia.

El romanticismo, surgido en Europa desde finales del siglo XVIII como resultado del movimiento filosófico y literario *Sturm und Drang* (Tormenta y Empuje), del que formaron parte autores tan destacados como Johann Georg Hamann (1730-1788) y Johann Gottfried Herder (1744-1803), era un movimiento en donde se reconocía el valor del pasado como depósito de los legítimos valores y particularidades de los pueblos.⁸ Otra constante en la postura de los partícipes del *Sturm und Drang* era el reconocimiento del valor de los sentimientos como productores de saber a partir de la experiencia práctica inmediata frente al mundo y como contraparte y complemento de una razón finita a posteriori de carácter universal que durante mucho tiempo había sido puesta por encima de todo durante la Ilustración. Con este fundamento, en el pensamiento de dichos personajes hubo una contraposición entre la religión y el conocimiento científico, así como entre los valores y elementos nacionales —incluyendo la historia— frente al resto de la humanidad,⁹ de tal manera que:

Al difundirse la escuela o movimiento romántico literario en otras latitudes por lo general tomó una forma de expresión dirigida a la exaltación de los valores y sentimientos. Una de las exaltaciones más socorridas fue la que correspondía a la representación de las experiencias nacionales [rescatando para ello] la esencia, el espíritu, lo singular que distingue a un pueblo, a una nación, a un Estado.¹⁰

Y esta forma tomó precisamente en el caso de la recién nacida nación mexicana a partir del movimiento de independencia.

Bustamante y la interpretación historiográfica victimista sobre la conquista y colonización

La visión victimista por excelencia de la Conquista en el sentido arriba mencionado es la que encontramos en el *Cuadro histórico de la revolución*

⁸ CORCUERA DE MANCERA, *Voces y silencios en la historia*, pp. 20-23.

⁹ ESPINOSA MARTÍNEZ, “En busca de un método”, p. 27.

¹⁰ ESPINOSA MARTÍNEZ, “En busca de un método”, p. 27.

de la América Mexicana, de don Carlos María de Bustamante, copiada y denostada por igual a lo largo de todo el siglo XIX. En sus escritos, Bustamante critica la brutalidad y la crueldad de los conquistadores españoles, especialmente en lo que respecta a la forma en que trataron a los pueblos indígenas. También cuestionó la moralidad de la conquista española, argumentando que fue una empresa motivada principalmente por la codicia y la ambición de riquezas. Por contraparte, Bustamante se enfocó en la necesidad de que los mexicanos se sintieran orgullosos de su herencia indígena y de la riqueza cultural que, según él, los conquistadores intentaron destruir.

A pesar de que la obra contiene valiosa información sobre la historia de México, presenta también serios problemas historiográficos que deben tenerse en cuenta al usarlo como fuente, algunos de los cuales son: 1) parcialidad, 2) falta de rigor histórico, 3) falta de análisis profundo y 4) estilo literario deformante.

1. Con respecto a su parcialidad, Bustamante tenía una clara postura política y personal muy negativa con respecto a la conquista y la época novohispana en general, lo que lo llevó a una narrativa parcial sobre los hechos que influyó en la forma de presentar a los personajes y eventos y que, además, variaban de texto en texto para acomodarlos a sus necesidades políticas del momento.¹¹

2. La falta de rigor histórico se manifiesta en Bustamante: *a)* cuando este autor consigna sus propias opiniones como si de información se tratara (como cuando afirma que Cortés no cesaba de insistir a Moctezuma que deseaba comunicarle noticias de Carlos de Austria, “cuando el mensaje no era sino para esclavizarlo [sic], y ocupar su trono”),¹² *b)* cuando nos da información cuya veracidad no se preocupaba por verificar y *c)* cuando inventa anécdotas con el claro objetivo de incentivar el nacionalismo del lector, como hace para el momento de la Independencia con la figura del Pípila en la toma de la Alhóndiga de Granaditas, en Guanajuato,¹³ o en el caso del llamado “Niño artillero” de Cuautla. En este sentido, como nos recuerda Josefina Zoraida Vázquez, Bustamante es el primer historiador en acuñar

¹¹ VÁZQUEZ, “Carlos María de Bustamante”, p. 1438.

¹² BUSTAMANTE, *Cuadro histórico*, tomo I, Carta quinta, nota 1, p. 156.

¹³ DE VALLE ARIZPE, “Hubo Pípilas”, pp. 142-161.

héroes y hechos heroicos con la meta deliberada de construir el Panteón de la patria.¹⁴

3. Por su parte, por falta de análisis profundo nos referimos a que los asuntos son considerados principalmente en sus aspectos más superficiales y no ofrece un análisis detallado de sus causas y consecuencias, lo cual limita los alcances de los fenómenos históricos completos.

4. Finalmente, muy de acuerdo con el gusto de la época, en donde hasta los prosistas eran poetas,¹⁵ el estilo de Bustamante suele prevalecer sobre la precisión histórica, dándole a sus textos un tono literario en donde recurre constantemente a un lenguaje hiperbólico y emotivo que distorsiona la precisión histórica a cambio, a veces, de verdaderos trances, como las visiones que dice tener a raíz de sus meditaciones sobre la matanza de la Alhóndiga de Granaditas:

Sorprendióme el sueño meditando sobre ella, y se me figuró que veía entre aquellos cadáveres y miembros palpitantes, á [sic] los Genios de Cortés, de Alvarado y de Pizarro, que se mecían despavoridos observándolos, y que lanzándose llorosa sobre ellos la América con voz terrible les decía.... ¿De qué os horrorizáis á vista de estas víctimas? ¿Habéis olvidado las crueles matanzas que hicisteis tres siglos há [sic] en Tabasco; en Cholula, en el templo mayor de México, en Cuernavaca?¹⁶

En consonancia con esto, el rechazo de Bustamante hacia la conquista y dominación española lo llevaba a buscar en el mundo indígena de la antigüedad una Arcadia plena de virtudes y heroísmos, en donde reinaban la paz, la sencillez y la felicidad, mientras que en los personajes europeos pintaba hombres de paja elaborados expresamente para ser odiados por el lector.

En su animadversión contra todo lo que olierá a español, Bustamante no dudaba en asegurar, pese a las evidencias en contrario, que a estos no se les debía ni siquiera la fe católica, puesto que, al igual que fray Servando Teresa de Mier, identificaba a Quetzalcoatl con el apóstol Tomás y, por lo tanto, consideraba que en la prédica del primero por el Anáhuac se encontraba la esencia misma del cristianismo.¹⁷

¹⁴ VÁZQUEZ, "Carlos María de Bustamante", p. 1439.

¹⁵ CARBONELL, *La historiografía*, p. 105.

¹⁶ BUSTAMANTE, *Cuadro histórico*, Primera época, Carta tercera, p. 15.

¹⁷ CLAPS, "Carlos María de Bustamante", p. 120.

Como menciona María Eugenia Claps “También es interesante resaltar el argumento de [este autor] en el sentido de que los españoles, que pretendían establecer en el nuevo mundo una religión de caridad, se mostraron siempre feroces y vengativos para con sus naturales”.¹⁸ Sin embargo, como es bien sabido, más que un laicismo radical, lo que el liberalismo decimonónico pretendía era únicamente una separación entre la Iglesia y el Estado. De hecho, la práctica totalidad de los liberales más connotados del siglo XIX, salvo el caso *sui generis* de Ignacio Ramírez, eran católicos tan practicantes como el resto de la sociedad. Y si bien es cierto que Bustamante creía que esta había desempeñado un valioso papel durante la conquista y dentro de la sociedad virreinal ya bien establecida, criticaba sus posturas políticas, su afinidad al poder de la Corona y su enriquecimiento desmedido, así como su control sobre la educación y la cultura, argumentando que esta institución había abusado de su autoridad en varias ocasiones.

A diferencia de Lucas Alamán, Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora y luego de Joaquín García Icazbalceta, que situaban el nacimiento de México en la conquista española, Bustamante concebía a México como la continuación de los antiguos reinos prehispánicos convertidos en un solo cuerpo político, una sola nación “que reclamaba con tanta justicia su libertad”,¹⁹ por lo que, para él, la independencia de México sería al cabo del tiempo la recuperación de la libertad perdida con la conquista.²⁰

Por supuesto, no era el único que lo veía de esta manera pues, por ejemplo, también para Manuel Orozco y Berra en su *Historia antigua y de la conquista de México*, la historia nacional comenzaba con las civilizaciones prehispánicas que habitaban este territorio antes de la llegada de los españoles, si bien este autor era mucho más moderado en su evaluación del papel desempeñado por los indios dentro de la misma. Así Orozco y Berra comenta refiriéndose a los historiadores previos a su trabajo:

Generalmente hablando, divídense éstos en dos opuestas banderías. Los unos, preocupados por el amor de raza, por el respeto á [sic] la religión, por la diferencia de principios civilizadores, y urgidos por los tiempos en que vivían,

¹⁸ CLAPS, “Carlos María de Bustamante”, p. 120.

¹⁹ BUSTAMANTE, *Cuadro histórico*, Primera época, Carta tercera, p. 14.

²⁰ VÁZQUEZ, “Carlos María de Bustamante”, p. 1439.

ven con la luz de sus ojos preocupados los distantes objetos, y en su juicio apasionado desaparecen los indios por inútiles y bárbaros, llenando por completo el cuadro las robustas figuras de los castellanos. Los otros, igualmente descaminados por la influencia de los tiempos y de las ideas modificadas, hacen ostentoso alarde de patriotismo y de filosofía, sublimando más de lo merecido a los indígenas y derribando de sus pedestales a los españoles. Entrambos juicios me parecen erróneos, por tocar en lo absoluto.²¹

Aparte de ello, para Bustamante existía un destino que inexorablemente había conducido al “México prehispánico” hacia la victoria sobre sus opresores, lo cual constituye una característica muy común de la historiografía nacionalista y la jacobina (interpretando el pasado por el presente al estilo *whig*), que es el optimismo y la conciencia de una predestinación de los buenos al triunfo, y la prevalencia ineludible de la justicia en términos morales y maniqueos con el fracaso y el castigo de los malos.²²

Otros hacedores de historia victimista en el siglo XIX

La historiografía victimista tuvo cierta influencia en México en el siglo XIX, en particular durante la Reforma, entre 1855 y 1861. Durante este periodo, se llevaron a cabo importantes ajustes políticos y sociales que buscaban modernizar el país y establecer un Estado laico y liberal.

En ese contexto, algunos historiadores mexicanos reexaminaron críticamente la historia de México y cuestionaron la visión tradicional que presentaba a la conquista española como el arranque de una época de progreso y civilización. En lugar de ello, estos historiadores argumentaban que la Conquista había sido un acto de violencia y dominación que había afectado profundamente la cultura y la sociedad mexicanas.

Uno de los historiadores mexicanos más destacados en este sentido fue Vicente Riva Palacio, quien escribió varias obras en las que cuestionaba la figura de Hernán Cortés y destacaba el papel de las luchas populares y de los movimientos indígenas en la historia de México. Otros intelectuales que podemos mencionar con respecto a esta interpretación histórica incluyen a

²¹ OROZCO Y BERRA, *Historia antigua y de la conquista de México*, pp. V-VI.

²² KRAUME, “Escribir la nación”, pp. 78-79.

Ignacio Manuel Altamirano, Ignacio Ramírez “El Nigromante” y Guillermo Prieto.

Como ya hemos dicho, el siglo XIX fue un siglo típicamente romántico, y no es, por lo tanto, de extrañar que sus manifestaciones nacionalistas fueran teñidas de un patetismo exagerado y un habla exaltada afín al ardor que se esperaba de los individuos en su defensa de la patria. Se ponía así en ejecución dentro de la literatura de corte histórico una feroz cursilería²³ diseñada para calar hondo en los sentimientos de los lectores, que no necesariamente en su razón; para arrobar al espectador con su elocuencia, aunque se careciera de profundidad en lo expuesto, pues la exageración de la emotividad, que tendía a presentar el pasado en términos muy dramáticos, tendía también si no a ocultar, sí a minimizar otros aspectos de la historia. Al centrarse exclusivamente en las experiencias traumáticas de las víctimas, este enfoque solía descuidar el contexto histórico más amplio y los factores que llevaron en primer lugar a la opresión y la injusticia.

De esta manera, era muy común que los hechos fueran deformados obedeciendo a las intenciones del autor. Así, por ejemplo, en un discurso pronunciado en la capital de la república el 16 de septiembre de 1871 con motivo del aniversario de la independencia, Riva Palacio afirmaba que “una concesión del pontífice romano, bastaba para convertir a una nación independiente en colonia, a un pueblo libre en tributario, a un país feliz y tranquilo en sumiso y desgraciado esclavo” para apresarlos en una dominación terrible y despótica.²⁴ Expresiones que desconciertan aún más al recordar que Riva Palacio había tenido un tiempo en su poder mucha de la documentación novohispana y muy difícilmente no hubiera sabido que al menos durante el gobierno de los Austrias estas tierras eran enunciadas no como colonias, sino como “provincias” y tenían el mismo estatus que cualquier otra del viejo mundo.

No obstante, esta visión tan plana y desfavorable de la dominación europea sólo se presentaba en su obra al considerar al Nuevo Mundo en su escala más amplia, pues, por poner un ejemplo, aunque Riva Palacio afirmara que los americanos “no sintieron nunca uno de esos grandes rasgos

²³ Un habla amanerada que imita hasta el exceso las refinadas formas de expresión atribuidas a las clases altas permeadas de romanticismo en el siglo XIX. MORENO HERNÁNDEZ, *Literatura y cursilería*, pp. 15-25 y 37-56.

²⁴ RIVA PALACIO, “Discurso del 16 de Septiembre”, p. 62.

que forman lo que se llama la magnanimidad de los príncipes”;²⁵ basta con mirar otro de sus textos para encontrar a la reina Isabel tronar en contra del almirante Colón cuando aquel trató de obtener un beneficio económico vendiendo como esclavos a los habitantes de las islas recién descubiertas: “¿Cómo se atreve Colón —exclamó indignada aquella mujer admirable— a disponer así de mis súbditos?”²⁶ para, acto seguido, concluir que este ejemplo fue seguido por el resto de reyes de España a partir de ese momento:

Desde entonces sigue la legislación de las Indias el rumbo que le diera Isabel, y es su noble espíritu el que se siente y el que irradia en todo ese complicadísimo tejido de disposiciones, que dictadas muchas veces sin comprender los verdaderos intereses de los americanos, dejan siempre traducir el empeño más infatigable por la libertad y el dulce trato a los indios, llevando la protección hasta ponerles a cubierto de las pesquisas y de las persecuciones del Santo Oficio.²⁷

Igualmente, tal rechazo se desvanece constantemente en sus textos cuando, por ejemplo, la denostada Iglesia es eventualmente enaltecida por su defensa del indio, y la civilización europea se enuncia como superior al mundo indígena.²⁸

Como quiera, en Riva Palacio, el lenguaje más nacionalista y victimista parecía estar reservado para el momento de lucimiento social, el instante en que las circunstancias requirieran la voz tonante del patriota para arengar a la muchedumbre y exacerbar en ella el odio al pasado por medio de unos breves minutos de relato humillante sobre la opresión para contrarrestar cualquier actitud regresiva, cualquier memoria o pensamiento poco crítico sobre el régimen político anterior.

Con todo, podemos afirmar que para Riva Palacio la historia era más compleja que para Bustamante. Para él, el pasado indígena no era el pasado de México, ni la independencia era la vieja nación conquistada que ahora recuperaba la libertad. Por el contrario, para este autor, México era el resul-

²⁵ RIVA PALACIO, “Discurso del 16 de Septiembre”, p. 64.

²⁶ RIVA PALACIO, *México a través de los siglos*, tomo III, p. VI.

²⁷ RIVA PALACIO, *México a través de los siglos*, tomo III, p. VI.

²⁸ RIVA PALACIO, *México a través de los siglos*, tomo III, p. VII.

tado de la conquista y los tres siglos de gobierno español, durante los cuales se gestó la personalidad nacional con el advenimiento de los criollos como una “raza belicosa e inteligente”²⁹ que a la larga se opuso a la opresión peninsular. Como puede verse, pese a la diferencia de actores sociales, la relación entre opresores y oprimidos está igualmente polarizada que en la obra de Bustamante:

Esta clase social fue siempre el blanco de la mala voluntad y del odio de los españoles residentes en Nueva España; por su parte los criollos alimentaron en su pecho pasiones semejantes, y esto produjo sangrientas escenas en la guerra de Independencia, y hondos rencores que sólo el tiempo ha podido calmar.³⁰

Nada más que en realidad ni siquiera el tiempo pudo calmar semejante animadversión, pues para mantener la cohesión interna se requiere el temor y el rechazo tanto hacia los agentes externos como a sus colaboracionistas. Esa fue la razón —independientemente de su realidad— declarada por Bustamante para la elaboración de su *Cuadro histórico*: el temor a una nueva invasión española fomentaba la unidad interna en medio de la trifulca cotidiana en la que había terminado por convertirse la Independencia.

A pesar de su importancia, la influencia de estos historiadores nacionalistas en México fue limitada y se vio superada por los representantes de corrientes históricas como el positivismo y el historicismo, que dominaron la escena intelectual del país a finales del siglo XIX y principios del XX. No obstante, el radicalismo no solo no se apaciguó con el cambio de siglo y la decadencia del porfiriato, sino que, con una revolución burguesa más de por medio en contra de nuevos poderes dictatoriales y una posterior revuelta promovida por la Iglesia, se fortaleció como parte de una mentalidad defensiva promovida por un nuevo nacionalismo revolucionario.

²⁹ RIVA PALACIO, *México a través de los siglos*, tomo III, p. VIII.

³⁰ RIVA PALACIO, *México a través de los siglos*, tomo III, p. IX.

LA HISTORIOGRAFÍA VICTIMISTA EN LA NARRATIVA MODERNA Y POSMODERNA DE LA CONQUISTA Y COLONIZACIÓN

En tiempos modernos existen también esfuerzos por deformar el conocimiento histórico sobre la conquista y la época virreinal, por ejemplo, desde la perspectiva que en un tiempo fue abiertamente marxista, pero que con la caída del muro de Berlín y el derrumbe y desintegración de la URSS actualmente suele más bien simplemente presentarse como de izquierdas.

Marxismo, postmodernismo y victimismo

Este tipo de esfuerzos deformantes lo encontrábamos principalmente en las universidades y los centros de investigación histórica durante las décadas de 1970 y 1980 en lo que Enrique Florescano (1937-2023) caracterizaba como la aparición de una miríada de posturas izquierdistas afiliadas a diversas corrientes autodenominadas marxistas, las cuales antepusieron las posturas ideológicas a los rigores de la ciencia y se dedicaron a dismantelar desde dentro la labor historiográfica para imponer doctrinas y prácticas populistas tanto en la enseñanza como en la investigación.³¹ Como afirma dicho autor:

Lo alarmante no fue la aparición de esas corrientes, sino la ausencia de debate y de crítica a sus propuestas metodológicas, y la consiguiente imposición de sus contenidos ideológicos a casi todos los campos de la investigación histórica. El resultado es que la mayoría de las investigaciones realizadas bajo esos postulados no aumentó nuestro conocimiento sobre los problemas que buscaban explicar, aun cuando sí son testimonio de las maneras de pensar y de los intereses que movían a sus autores.³²

Y entre estos intereses se encontraba exacerbar la división social en bandos antagónicos para propiciar el advenimiento de un estado nuevo dominado por la “dictadura del proletariado”, al que de una manera algo ecléctica proponían como herencia de movimientos revolucionarios in-

³¹ FLORESCANO, *El nuevo pasado mexicano*, pp. 160-161.

³² FLORESCANO, *El nuevo pasado mexicano*, p. 161.

ternacionales tanto como de las luchas de los héroes patrios que habían muerto para darle a los mexicanos la libertad y la justicia. Para estos investigadores, la neutralidad historiográfica no era solo imposible, sino también indeseable. Así, por ejemplo, para el marxista Carlos Pereyra:

El academicismo cree encontrar en la doctrina de la neutralidad ideológica un refugio para preservar el saber contra los conflictos y vicisitudes del momento y, en rigor, sólo consigue mutilar la reflexión arrancándole sus vasos comunicantes con la principal fuente de estímulo intelectual: termina, a fin de cuentas, por asumir de manera vergonzante las formas ideológicas más chatas y reblandecidas.³³

Y esto es así porque para estos investigadores toda interpretación que se esfuerce en aprehender los hechos de manera neutral en realidad lo que hace es falsearlos para “legitimar tal o cual interés mezquino” —como complementa el también marxista Carlos Aguirre Rojas—, mientras que para ellos la única interpretación científicamente objetiva es la que sea consciente de las deformaciones que introduce en la historia “asumiendo sin conflicto los sesgos de su trabajo y de su resultado historiográfico”;³⁴ es decir, sin realizar ningún intento de corrección como pedía Luis González en *El oficio de historiar*. Como ya se comprenderá, este aparente desinterés por la deformación intencional del relato histórico no constituye una carencia de ética, sino que nos deja ver la ética totalmente otra de alguien para quien todo lo que sirva para denunciar el sistema opuesto a sus creencias no sólo resulta aceptable, sino que también automáticamente es entendido como criterio de cientificidad. Así podemos verlo en Adolfo Gilly (1928-2023):

El grupo o la clase social cuyo interés coincida con la crítica radical de los poderes establecidos podrá aproximarse más, en su interpretación de la historia, a los criterios del conocimiento científico. Aquel cuyo interés sea la conservación de esos poderes y del orden que de ellos se desprende se orientará en cambio a hacer de la historia una ideología justificadora del estado de cosas presente y a convertirla, en consecuencia, en un discurso del poder.³⁵

³³ PEREYRA, “Historia, ¿para qué?” p. 16.

³⁴ AGUIRRE ROJAS, *Antimanual del mal historiador*, pp. 42-44.

³⁵ GILLY, “La historia como crítica o como discurso del poder”, p. 200.

Como puede colegirse de ello, este tipo de historiografía no está interesada en lograr la reflexión a secas (porque cuando esta no es lo que entre de sus cultivadores se denomina “historia crítica” —como la llama Aguirre Rojas remontándola hasta Marx—³⁶ es solo “ideología chata y reblandecida”), sino en que con ella se acepten y asimilen los principios políticos, económicos y sociales sostenidos por la corriente que representan y para lo cual invocan el dolor y la miseria de las masas, provocadas, según afirman, por la explotación y abusos de los grupos hegemónicos:

“Ni siquiera los muertos están hoy día a salvo” si el enemigo hoy en el poder vuelve a vencer, precisamente recodificando y reinventando el pasado en función de sus intereses, y de sus propios mitos y justificaciones ideológicas específicas. Frente a ello sólo es posible encender de nuevo “la chispa de la esperanza”, si nos ubicamos del lado de los oprimidos y de las víctimas, defendiendo esos pasados que hoy han sido provisionalmente derrotados, pero a los que posiblemente les corresponde la victoria del mañana.³⁷

Desde esta perspectiva, beligerante por un lado y victimista por el otro, la historia no puede ni debe existir meramente en el plano cognoscitivo, sino que existe básicamente para ser usada con fines pragmáticos, solo que mientras los historiadores académicos en general asumen esto en un sentido amplio como parte de la tradición dos veces milenaria de la historia como *maestra de la vida*,³⁸ los de corte marxista, sin afirmar que la perspectiva del “intelectual revolucionario” agote la razón de ser de la investigación histórica, ven en ella un instrumento de utilidad ideológico-política toda vez que “todo discurso histórico interviene (se inscribe) en una determinada realidad social donde es más o menos útil para las distintas fuerzas en pugna”.³⁹

Con ajustes, este mismo tipo de postura sigue vigente en las propuestas interpretativas victimistas de finales del siglo XX y principios del XXI, solo que ahora matizada y disimulada bajo el ropaje posmodernista de la llamada Teoría Poscolonial y de la Teoría Crítica.⁴⁰

³⁶ AGUIRRE ROJAS, *Antimanual del mal historiador*, p. 27.

³⁷ AGUIRRE ROJAS, *Antimanual del mal historiador*, pp. 29-30.

³⁸ BLOCH, *Introducción a la historia*, p. 14.

³⁹ PEREYRA, “Historia, ¿para qué?”, p. 13.

⁴⁰ PLUCKROSE Y LINDSAY, *Teorías cínicas*, pp. 79-105.

Con toda la exuberancia verbal y el neolenguaje que suele caracterizar a estas corrientes para disimular su fondo dogmático y desprenderse retóricamente de fracasos históricos incómodos (como la caída del muro de Berlín en 1989 y el colapso del bloque soviético), ambas teorías evitan el reduccionismo economicista típico del marxismo-leninismo e invierten el binomio base-superestructura para darle a sus explicaciones un aspecto menos mecanicista y más humano y consciente.

No obstante, ambas teorías constituyen básicamente la prolongación de la lucha del marxismo contra su eterno enemigo, el capitalismo, solo que ahora proponiendo una lista de agravios distinta a los factores económicos de antaño para justificar el cambio de paradigma socioeconómico. De esta forma, los nuevos sujetos de la revolución son los miembros de los grupos históricamente excluidos, tales como mujeres, homosexuales, razas, etnias, etc. y se lleva al plano social como caballo de Troya la vieja dupla marxista de la alienación y la falsa conciencia por medio de una nueva retórica tomada de la Teoría Crítica, en donde se presentan ahora como la imposición de una forma de pensar que reproduce entre los dominados la ideología de sus dominadores,⁴¹ incluyendo su manera de representar a estos grupos para mantenerlos excluidos y subordinados. Ideología hegemónica de la que, según estas teorías, hay que deshacerse para poder ser libres; solo que, al alejarse del eurocentrismo capitalista, paradójica pero no insospechadamente se desemboca en un comunismo que obedece en sus orígenes y fundamentos a la misma “lógica occidental” que dice combatir.

De estos grupos excluidos y este paradigma interpretativo son los casos de victimismo que expondremos a continuación, todos igualmente en el contexto de la conquista y colonización de la Nueva España.

Un giro hermenéutico y otro antropológico

Una postura menos teórica y más hermenéutica que la anterior, y que eventualmente utiliza algo del vocabulario y las interpretaciones marxistas en boga en el momento de su aparición, es la presentada en sus obras por Guy Rozat Dupeyrón, quien, aunque nacido en Francia en 1943, reside en México

⁴¹ ANDRADE GUEVARA, “La Teoría Crítica y el pensamiento decolonial: hacia un proyecto emancipatorio post-occidental”, p. 138.

desde 1975 trabajando sobre temas nacionales. Como un ejemplo de ello, en su libro *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México* (2010), Rozat argumenta que si bien las retóricas occidentales son siempre opresoras y colonialistas (lo que él llama “el totalitarismo del logos occidental”) y todas sus interpretaciones están siempre inevitablemente sesgadas en contra de los indios, oprimidos y masacrados por los conquistadores, alguna investigación académica sobre la conquista hecha desde Europa o al menos desde una perspectiva culturalmente europea (como la suya) “paradójicamente podría también ser instrumento de liberación”.⁴²

Con lo anterior, dicho autor da a entender que existen excepciones occidentales con un carácter moralmente aceptable (ejemplo de la dictadura de la virtud que menciona Bobbio),⁴³ que gracias a su “solidaridad” con el otro logran entenderlo colocándose por encima del polilogismo con el que el marxismo justifica su desapego a los hechos lógicamente demostrados que no le favorecen.⁴⁴ El polilogismo es una teoría marxista según la cual la estructura lógica del pensamiento y el acierto resultante de ella con respecto a la realidad del mundo están determinados por la clase social a la que se pertenezca,⁴⁵ de lo cual se deriva que para los marxistas cualquier argumento de cualquier pensador ajeno a la clase proletaria (depositaria por excelencia de la verdad y la razón, y cuyas ideas son “emanaciones de la más pura y estricta lógica”)⁴⁶ es automáticamente erróneo solo porque ese pensador no forma parte de dicha clase.⁴⁷ Pero como la clase proletaria necesita contar con voceros, que usualmente no surgen de sus filas, muy convenientemente algunos intelectuales burgueses como Marx y Engels, “en virtud de un privilegio especial”, consiguen colocarse por encima de la paradoja del polilogismo para traducirnos las ideas del proletariado que este no puede esbozar por sí mismo.⁴⁸

⁴² ROZAT, *Indios imaginarios e indios reales*, p. 21.

⁴³ BOBBIO, MATTEUCCI Y PASQUINO, *Diccionario de política*, pp. 843-844.

⁴⁴ CONSTANTINO, “La falacia del polilogismo”.

⁴⁵ VON MISES, “La economía y la rebelión”, p. 386.

⁴⁶ V. Eugen Dietzgen citado en VON MISES, “La economía y la rebelión”, p. 386.

⁴⁷ Debido a ello, para el economista Ludwig von Mises “El polilogismo no es una filosofía o una teoría epistemológica. Es una actitud de fanáticos limitados, que no consiguen imaginar que alguien puede ser más razonable o inteligente que ellos mismos. El polilogismo tampoco es científico. Es la sustitución de la razón y de la ciencia por supersticiones”. CONSTANTINO, “La falacia del polilogismo”.

⁴⁸ VON MISES, “La economía y la rebelión”, p. 386.

Como mencionamos en el apartado anterior, con el correr del tiempo tuvieron que hacerse algunos cambios en esta teoría para adaptarla a las nuevas necesidades de difusión de la izquierda por el mundo por medio del poscolonialismo y la Teoría Crítica, pero su esencia no ha cambiado: “Basta intercambiar clase por nación o raza, y listo. Cada nación o raza posee una estructura lógica propia”⁴⁹ que no puede ser aprehendida y mucho menos refutada por la gente de otras colectividades.

Haciéndose eco de estas y otras interpretaciones generalizadoras, Rozat vislumbra un futuro en donde dentro de la tradición historiográfica occidental, que “se complace en inventar a los demás”, “la lógica de los discursos sobre el Hombre (burgués, macho, propietario) será siempre colonialista y etnocentrista, a pesar de todos los artificios bajo los que se le pueda encontrar disfrazado”.⁵⁰ Para Rozat, “A pesar de la proclamación del principio de la igualdad de la naturaleza humana, el ‘otro’, en esos entonces, no era como lo concebimos hoy: ese otro, hombre igual a mí, aunque diferente”,⁵¹ pero, al menos en esta obra, no discute la documentación de la época que pruebe su afirmación. Por supuesto que el conquistado no era sociopolíticamente idéntico al conquistador, pero no era tampoco diametralmente distinto a él en tanto hombre (humano).

Un indio de paja, siempre maltratado, víctima permanente de naturaleza doblemente usurpada por las formas discursivas teológicas y la “actividad burguesa capitalista”, aparece constantemente en la obra de Rozat:

El del pasado americano es un indio muerto, un indio desaparecido desde hace tiempo. Por ello no puede protestar, no puede venir a clamar por su identidad. Para disimular las, a veces, muy sucias maniobras del discurso histórico, se ha hecho comparecer a un indio blanqueado, que desempeña bien su papel de indio: dócil, pobre y lastimero, siempre mendigando una caridad, que calmará la mala conciencia de los turistas de la historia.⁵²

Rozat no niega la indignación moral que le causó la lectura de *Visión de los vencidos* (1959), de Miguel León-Portilla, por dar por hecho que los

⁴⁹ CONSTANTINO, “La falacia del polilogismo”.

⁵⁰ ROZAT, *Indios imaginarios e indios reales*, pp. 14 y 18.

⁵¹ ROZAT, *Indios imaginarios e indios reales*, p. 18.

⁵² ROZAT, *Indios imaginarios e indios reales*, p. 23.

textos presentados en su obra eran producto del pensamiento indígena cuando en realidad eran una mezcla sumamente compleja de elementos occidentales con situaciones locales: “Razón por la cual este estudio es a veces violento y polémico a pesar de que sabemos que los estudios históricos serios tienen que ser medidos, serenos, razonablemente polémicos, etc.” Tal sentimiento de malestar y amargura, dice, le generó “el furioso deseo” de desmontar “la trampa intelectual” escondida en dicha obra.⁵³

En su explicación, este autor —que piensa que hay un “racismo inconsciente que estructura toda la historiografía americana desde hace siglos” y tilda de “patrañas racistas y colonialistas” todo lo que no encaje en sus interpretaciones—⁵⁴ plantea reiteradamente la conquista como un crimen contra los pueblos americanos dirigido por “la terrible batuta de los occidentales”,⁵⁵ un verdadero “pecado original” de los vencedores occidentales,⁵⁶ y en la historiografía hecha por éstos un intento por:

[...] despojar a los vencidos de su memoria, presentándoles un sistema de identificación tal que no puedan jamás regresar a un estado de conciencia histórica anterior, un etnocidio premeditado que tuvo en la evangelización su forma propagandística más acabada para justificar el empobrecimiento cultural mundial.⁵⁷

Esa propaganda realizada por los españoles, según Rozat, requiere la revisión de las lecturas de la historia. Y esto es cierto, pero, añadiría yo, uno de los aspectos que hay que analizar también es la naturaleza de ese “etnocidio”⁵⁸ que tanto le irrita y denuncia, pero que evidentemente jamás existió en la Nueva España, puesto que los españoles habrían eliminado con ello la mano de obra que necesitaban para hacer producir la tierra y porque, además, los indios siguen entre nosotros.

Como parte de este mismo tipo de argumentos en contra de la conquista y la colonización del Nuevo Mundo, en el antropólogo veracruzano

⁵³ ROZAT, *Indios imaginarios e indios reales*, p. 26.

⁵⁴ ROZAT, “El relato de la conquista”, p. 263.

⁵⁵ ROZAT, “El relato de la conquista”, p. 241.

⁵⁶ ROZAT, *Indios imaginarios e indios reales*, p. 334.

⁵⁷ ROZAT, “El desierto, morada del demonio”, p. 30.

⁵⁸ ROZAT, “Tenemos qué repensar la conquista”.

Félix-Báez Jorge (1945-2023) vemos una inquina particular en contra de la Iglesia Católica y la difusión del cristianismo por parte de los españoles, en donde —sin ofrecernos las pruebas pertinentes— acusa a los evangelizadores de trabajar más para ampliar el poder de la Corona y de la Iglesia que para salvar almas para el “supuesto” Reino de Cristo que pregonaban, y donde afirma, como Rozat, que el Demonio enseñado por los frailes a los indios era solo un arma imperialista para lograr la desintegración de sus culturas. Algo totalmente ahistórico y descontextualizado si consideramos el ferviente cristianismo al que también se encontraban sometidos los españoles de la época. Y lo mismo ocurre —por solo mencionar un último ejemplo— con el historiador Lorenzo Meyer en sus conferencias “De la colonia al siglo XXI”, en donde, igualmente sin la más mínima evidencia, también sostiene que los españoles llegados al Nuevo Mundo mentían cuando afirmaban que les interesaba la conversión religiosa de los indios y que lo que en realidad los movía era su explotación.⁵⁹

Por supuesto, en todos ellos encontramos la justicia distributiva a la que tan afectos eran los historiadores decimonónicos y de principios del siglo XX, contra los cuales reaccionó en su momento Marc Bloch cuando advierte en su *Apología por la historia*:

Durante mucho tiempo el historiador pasó por ser una especie de juez de los Infiernos, encargado de distribuir elogios o censuras a los héroes muertos. [...] Es, más que nunca, la frase de Pascal: “Juzgando, todo el mundo hace de dios: esto es bueno o malo.” Se olvida que un juicio de valor no tiene razón de ser sino como preparación de un acto, y sólo posee sentido en relación con un sistema de relaciones morales deliberadamente aceptadas.⁶⁰

Así pues, siguiendo a Bloch, las relaciones morales deliberadamente aceptadas que comparten todos los autores previamente mencionados son preparación para un acto, y ese acto es la instauración del proyecto político-social en que inscriben su tarea y cuyas ideas subyacentes orientan su trabajo.⁶¹

⁵⁹ ALONSO CORATELLA, “Lorenzo Meyer”.

⁶⁰ BLOCH, *Introducción a la historia*, p. 109.

⁶¹ FONTANA, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, p. 9.

Historiografía victimista de género

Si para el historiador victimista del siglo XIX el enemigo era el conquistador y el monarquista, y para el del siglo XX el capitalista y el neoliberal, para la segunda mitad del XX e inicios del XXI entre las retóricas victimistas aparece también con gran fuerza como adversario el “patriarcado opresor y misógino” típico del imaginario del feminismo extremista, hoy día muy de izquierdas, como demuestra en Inglaterra la importancia que este tuvo en la revista *History Workshop*, que de llevar un subtítulo con el que se identificaba como de historiadores socialistas pasó a especificarlos aún más como feministas.⁶²

Como es evidente, lo arriba dicho no aplica a las valiosas contribuciones de las investigadoras que antes de la moda victimista, y hoy día al margen de ella, se han esforzado arduamente para consolidar a la historia como una disciplina imparcial, objetiva y científica, independientemente de los objetos de investigación elegidos por cada una de ellas. La importancia de obras como las de Clementina Díaz y de Ovando (1916-2012), Elisa Vargaslugo (1923-2020), Josefina Zoraida Vázquez (1932), Pilar Gonzalbo (1935-2024) y muchas otras investigadoras que hoy día trabajan al margen de los extremismos vigentes es innegable. De hecho, un gran porcentaje de los trabajos hechos por mujeres sobre mujeres suelen ser tan objetivos e imparciales como esperaríamos que fuera todo producto derivado de la investigación.

Sin embargo, como sabemos, aparte de su relación con el surgimiento y desarrollo de la historia social en el siglo XX,⁶³ la entrada definitiva de las mujeres en los estudios históricos en gran medida va de la mano con las elaboraciones teóricas provenientes de la crítica feminista, las cuales sirven de marco conceptual en muchas investigaciones,⁶⁴ pero que no siempre reúnen las características esperadas de un trabajo científico. En teoría, lo que este marco busca es garantizar que las políticas y los programas sociales que proponga el movimiento feminista se basen en evidencia,⁶⁵ pero en la práctica muchas veces esas investigaciones han sido utilizadas para falsear el

⁶² KAYE, *Los historiadores marxistas británicos*, pp. 209-210.

⁶³ GARCÍA-PEÑA, “De la historia de las mujeres a la historia del género”, p. 125.

⁶⁴ CRUZ, “La historia en clave feminista”, p. 28.

⁶⁵ NACIONES UNIDAS, *Informe de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer*.

conocimiento científico en aras de satisfacer una agenda política partiendo de un rechazo explícito al capitalismo y por medio de categorías de análisis meramente teóricas como las de “patriarcado” y “androcentrismo”⁶⁶ que no han recibido ningún tipo de sanción fáctica ni funcionan adecuadamente fuera de su mismo contexto ideológico.

Cuando es cooptada por la militancia, tal postura lleva a las interpretaciones del pasado colonial los traumas y las ideologías de algunos sectores sociales del presente con el argumento de que la historia debe servir para solucionar problemas actuales. Pero no se trata de la idea de Edward H. Carr acerca de que la función del historiador es dominar y comprender el pasado “como clave para la comprensión del presente”,⁶⁷ sino que su objetivo es modificarlo a partir de una concepción deformada del pasado (como las elucubraciones de Gerda Lerner acerca de lo que ella llama “patriarcado”), por lo que el historiador no debe tratar de ser un investigador objetivo, sino un promotor del cambio, un activista, como propone Linda Hutcheon con respecto a los estudios tanto feministas como poscoloniales.⁶⁸

Eso es al menos lo que aparece en trabajos historiográficos recientes, llenos de categorías de análisis como “minorías”, “género”, “raza”, “patriarcado”, “invisibilización”, etc., escritos no para tener una visión integral del conjunto de la experiencia histórica, sino para abordarla desde las perspectivas de los grupos victimizados de los que hablan y a los que los hombres blancos, heterosexuales y privilegiados habrían arrebatado todo, incluyendo el uso de la voz para contar sus historias:

La raza y el género determinan el grado de aceptación y reconocimiento de los actores históricos; establecen las pautas desde las cuales son narrados los hechos, así como cuántos de esos son necesarios. La mujer, el negro, el indio y el esclavo pertenecen al mundo de la otredad; son analizados por el hombre blanco y por el amo conquistador, lo que reduce su presencia y nulifica su voz.⁶⁹

⁶⁶ CRUZ, “La historia en clave feminista”, pp. 28-30.

⁶⁷ CARR, *¿Que es la historia?*, p. 34.

⁶⁸ HUTCHEON, “Circling the Downspout of Empire”, p. 150.

⁶⁹ CANCINO VÁZQUEZ, “La representación de la Malinche”, p. 27.

Obviando —porque eso no abona a su interpretación— que igual hubo cientos de miles de hombres blancos que nunca tuvieron voz porque la historiografía de la época sólo registraba los hechos y los discursos de los grandes personajes.

Contradictoriamente, algunos trabajos que eventualmente se presentan dentro de los estudios de género son plenamente victimistas por el tono elegíaco de sus planteamientos y paradójicamente triunfalistas por las conclusiones a las que llegan, enunciando por un lado la manera en la que las mujeres fueron sometidas por los hombres al ámbito de lo privado y que por el otro pretenden probar que estas siempre ocuparon lugares sobresalientes dentro de la sociedad y realizaron acciones trascendentes en el acontecer histórico.

Así tenemos textos con títulos como “La Malinche: la gran artífice del Virreinato de la Nueva España” en donde, literalmente se concluye que “es de justicia reconocerla como la originadora, junto a Cortés, del Virreinato de Nueva España”,⁷⁰ a la cual injustamente —y de ahí el carácter victimista de este tipo de documentos— se le ha relegado e “invisibilizado” dentro de la historiografía por “el solo hecho de ser mujer”.

El problema no es que a nivel popular haya personas en las redes sociales que difundan tales creencias, sino que muchas autoras académicas las compartan aunque sea parcialmente. Eso es lo que hace, por ejemplo, Alondra Domínguez Ángeles en su artículo “De Centla a Tenochtitlan. Conociendo a Malintzin: Entre la historia y el mito”, en donde pregunta: “¿Quién era en realidad la mujer, que en el siglo XVI abruptamente marcó la historia de México Tenochtitlan?”⁷¹ Pero, como todo mundo sabe fuera del ámbito de la ideología, para bien o para mal, no fue la Malinche quien marcó la historia de México Tenochtitlan, sino Hernán Cortés, quien la tuvo bajo su mando como intérprete en su aventura militar.⁷²

Para esta autora, a la Malinche se le ha relegado e “invisibilizado” dentro de la historiografía por “el solo hecho de ser mujer”, ocultando su importancia en el proceso de conquista. Cosa que nunca ha ocurrido. Si fuera verdad que a Doña Marina se le rechazó por “el solo hecho de ser mujer”, esa misma historiografía que denosta no habría recogido y aquilatado a las

⁷⁰ MERINO ROBADO, “La Malinche: La gran artífice del Virreinato de la Nueva España”.

⁷¹ DOMÍNGUEZ ÁNGELES, “De Centla a Tenochtitlan”, p. 33.

⁷² RESTALL, *Los siete mitos de la conquista española*, pp. 125-149.

heroínas de la patria como Leona Vicario y Josefa Ortiz de Domínguez, que también eran mujeres. El motivo del rechazo a la Malinche no tiene nada que ver con ser mujer, sino por haber luchado del lado opuesto a los mexicas, postulados desde el siglo XIX por la historia oficial como pueblo por excelencia de los orígenes nacionales, y colaborar de esa manera en la conquista española.

Antes de eso, de manera por demás interesante, vemos cómo durante el virreinato la Malinche fue una figura positiva y razonablemente apreciada precisamente por su participación activa dentro del proceso de conquista, cosa que le mereció ser preservada del olvido por Bernal Díaz del Castillo, quien habla de ella de manera cálida y solemne en el capítulo XXXVII de su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Es verdad, a lo largo de la historia del México independiente este personaje recibió un tratamiento mucho menos amable, pero no por ser mujer, sino por la supuesta deslealtad que le atribuyeron hacia su pueblo. Así, por ejemplo, como parte de su propia interpretación victimista de la historia, Carlos María de Bustamante consignó a la Malinche en su *Cuadro Histórico de la revolución de la América Mejicana* literalmente como una traidora a su patria y la comparaba con una “mujerzuela” del virrey Venegas que delató a muchos hombres aliados del movimiento de independencia,⁷³ lo cual nos recuerda una vez más la facilidad con la que se encuentran héroes y villanos dentro de la historiografía victimista de cualquier cuño y tendencia.

En medio de este afán por exaltar la figura de Malinche y ante el hecho de no tener material convincente para hacerlo, las hipérboles no se hacen esperar en este tipo de obras. En el texto de Alondra Domínguez Ángeles esto se manifiesta con afirmaciones que van desde que la Malinche podría haber sido percibida en la cosmovisión indígena con cualidades de deidad porque su nombre permitía asociarla con algunas deidades prehispánicas con las cuales tendría similitudes que la llevaban a ser considerada “una mujer prodigiosa en un círculo dominado por varones”,⁷⁴ hasta que se le podría haber considerado la contraparte de Cortés al estilo de las dualidades de los antiguos panteones mesoamericanos.⁷⁵

⁷³ BUSTAMANTE, *Cuadro Histórico*, Primera época, Carta 19, pp. 4-5.

⁷⁴ DOMÍNGUEZ ÁNGELES, “De Centla a Tenochtitlan”, p. 33. Para una interpretación mucho más ponderada véase a SANDOVAL VILLEGAS y VELÁZQUEZ GARCÍA, “Doña Marina: Atavío, imagen y texto”, pp. 199-239.

⁷⁵ Federico Navarrete, citado por DOMÍNGUEZ ÁNGELES, “De Centla a Tenochtitlan”, p. 33.

Aunque más prudentes en sus afirmaciones, Arlett Cancino Vázquez y Elsa Leticia García Argüelles insisten en analizar nuevamente la figura de la Malinche, teniendo ahora como objetivo: “resaltar, sobre todo, su construcción como mujer para describir brevemente cómo esta trasciende en la vida de las mexicanas”.⁷⁶ Es decir, en su estudio realizan un abordaje en donde la importancia del personaje histórico queda desde el principio supeditada conscientemente a su uso político-ideológico en el presente por parte de quienes se consideran representadas a través suyo y pretenden utilizarlo para apoyar sus reclamos actuales a partir de agravios hechos a una persona distinta quinientos años atrás. Algo a lo que paradójicamente llegan solo después de amplios reproches contra quienes en el pasado usaron a la Malinche para sus propios fines políticos.

Se trata de un argumento esencialista con el que, además, se generaliza arbitrariamente un único caso como explicación de la manera en la que desde entonces y para siempre —presuntamente— se construye a todas las mujeres en la historia del país desde una visión masculina o “patriarcal”, al margen de las pruebas que puedan exhibir para ello. Para Cancino y García la configuración social y cultural de las mexicanas está vinculada a la forma en la que dentro de los discursos históricos se reconoce la presencia histórica de la mujer a través de pretextos y justificaciones, encasillándolas en roles o estereotipos de género,⁷⁷ pero sin detenerse a reflexionar acerca de las circunstancias físicas y biológicas que había detrás de eso, ni en lo satisfactoria que tal situación podría haber sido para una infinidad de mujeres, dándole prioridad en cambio, aunque sin fundamentos, al argumento de la opresión.

Es precisamente la lucha de sexos desatada por el feminismo radical desde la segunda mitad del siglo XX la que eventualmente da a una parte de los estudios históricos de género ese carácter sentimental (en este caso sentimientos de rechazo y desdén) que los caracterizan como victimista, solo que si el victimismo del siglo XIX y XX en lo referente a la conquista y colonización del Nuevo Mundo tenía como enemigo a los españoles indepen-

⁷⁶ CANCINO VÁZQUEZ y GARCÍA ARGÜELLES, “Los nombres de La Malinche y su resonancia ideológica en la construcción de la mujer mexicana”, p. 124.

⁷⁷ CANCINO VÁZQUEZ y GARCÍA ARGÜELLES, “Los nombres de La Malinche y su resonancia ideológica en la construcción de la mujer mexicana”, p. 133.

dientemente de su sexo, los estudios de género más radicales tienen como enemigo a los hombres, independientemente del grupo al que pertenezcan, y como víctimas eternas a las mujeres.

CONCLUSIONES

A lo largo de las páginas precedentes hemos visto cómo entre los siglos XIX y XXI ha existido en México un cierto tipo de historiografía sobre la conquista y colonización del Nuevo Mundo, así como algunos fenómenos relacionados con ella, la cual, pese a sus diferencias de estilo y de tono en cada una de sus presentaciones a través del tiempo, reúne los criterios necesarios para encajar en lo que podríamos llamar *historiografía victimista*. Dicha historiografía se caracteriza simultáneamente por su enfoque ético estructurado a partir de los valores del presente, su exaltación y sentimentalismo con respecto a los hechos que trata, su carencia de imparcialidad con respecto a la relación entre los participantes del fenómeno y por su exigencia de empatía hacia alguna de las partes, a la cual se considera violentada por la otra.

A partir de ahí vemos que esta historiografía suele presentar una versión simplificada de la historia, reduciéndola al esquema dialéctico del oprimido y del opresor en donde, dependiendo del momento histórico y los participantes, estos han sido el propietario y el desheredado, el capitalista y el proletario, el hombre y la mujer, etc., como equivalentes no siempre tácitos de los buenos y los malos, las víctimas y los victimarios, sin dar cuenta de la complejidad y las contradicciones de la interacción humana.

Otra característica es que, por debajo de sus intereses y logros científicos acerca del pasado, tiene como objetivo último adelantar una agenda política del presente, por medio de la cual se fomenta la polarización social y la división entre los diferentes grupos que integran en ese momento la sociedad.

Finalmente, los trabajos derivados de este enfoque carecen generalmente de la objetividad, la imparcialidad y la distancia crítica necesarias para una evaluación histórica rigurosa, a cambio de lograr la imposición de una narrativa histórica única.

De acuerdo con tales características, esta forma de historiografía obedece regularmente a programas políticos que en su momento han buscado un desgajamiento del cuerpo social rompiendo con el *statu quo* anteriormente vigente, así como parcialmente con sus tradiciones, costumbres y cultura en general, con las que no se identificaban ya completamente sus creadores. Por lo mismo, puede encontrarse en dos etapas muy diferentes del fenómeno, ya sea en el momento coyuntural de la ruptura con el objetivo de atraer apoyos para su causa a partir de una representación disfórica de su presente y, una vez consumada esta, como una forma de justificar al grupo en el poder presentándolo como heredero y continuador del movimiento que rompió con las condiciones adversas del pasado. En ese mismo sentido, puede presentarse como historiografía revolucionaria cuando se encuentra en el proceso de tratar de adquirir el poder, o como historiografía oficial si llega a alcanzarlo, en cuyo caso tiene una mayor posibilidad de permear e influir en la historiografía no crítica de su tiempo, por medio de la cual se normaliza y se perpetúa.

Movido a veces por un sincero compromiso con los postulados de las corrientes ideológicas en boga, a veces dejándose simplemente arrastrar por las modas intelectuales del momento, y también no en pocas ocasiones para evitar señalamientos acerca de su falta de empatía con los oprimidos y excluidos del pasado, a los que generalmente se asigna un padre entre los grupos vulnerables del presente, ante los cuales se debe responder y entre los cuales a veces incluso se cuenta, el historiador académico no es inmune a las tentaciones de recurrir a los argumentos del victimismo como parte de sus explicaciones sobre los acontecimientos históricos.

Por fortuna, hoy en día hay ya muchos historiadores críticos que, dándose cuenta de las falacias y la contumacia de tales posturas, van en contra de esas lecturas victimistas del pasado, lo cual nos habla precisamente de todo el tiempo que tales percepciones han estado vigentes y cómo han tenido que calar tan profundamente en la historiografía mexicana para provocar esa reacción. Hace apenas poco más de tres años, por ejemplo (volviendo al hilo conductor que hemos seguido para dar cuenta de este victimismo), en noviembre de 2021, en una entrevista acerca de su postura al respecto en su libro *Conquistadores: una historia diferente*, el historiador Fernando Cervantes afirmaba que la visión más extendida de la conquista de Améri-

ca es que “los conquistadores españoles fueron unos monstruos ávidos de sangre y riqueza que cometieron un terrible genocidio en América Latina y la saquearon sin piedad”, mientras que en su introducción señala que:

Nuestra percepción de los conquistadores ha acabado enredada en un mito extrañamente pertinaz, que ve en la historia de España poco más que la crónica de una crueldad al servicio de la reacción política y el fanatismo religioso.⁷⁸

A contracorriente de esta visión, casi siempre sin fundamentos, Cervantes nos ofrece más de 450 páginas de fuentes primarias entre diarios, cartas, crónicas, biografías, encomios y tratados diversos (elaborados tanto por los conquistadores como por sus defensores), que contradicen por completo las exigencias y quejas que, desde perspectivas más bien sentimentales o ideológicas, circulan a diario en todos los medios de comunicación acerca del llamado “Trauma de la conquista” y las aberraciones cometidas sobre los conquistados por parte de los conquistadores, a los que, con un sesgo políticamente muy de moda y apoyado desde el poder, suelen llamar más bien “invasores”. Lamentos gratuitos y persistentes, en fin, que forman parte de la cultura de la queja y la cancelación que hoy padecemos y que para muchos que intentan llamar la atención con ello se ha vuelto una forma de vivir, armados con todo un utillaje terminológico de ofensas en clave de neolengua que le sirven para definir al otro con el que no se está de acuerdo en el aspecto que sea. ¿Por qué tendría que ser diferente con la conquista y la colonización, cuya sola enunciación huele a abuso e intolerancia para quienes, como dice Solange Alberro, no quieren ver en ella más que a los indígenas que sufrieron la aculturación?⁷⁹

Para ningún historiador actual, y ciertamente tampoco para los de los siglos XIX y XX, resultaba extraña la idea de que era el contexto el que debía determinar la explicación de los hechos relatados para evitar que, sin él, el juicio de sus relatores pudiera simplemente tergiversarlos a su antojo. El mismo Vicente Riva Palacio creía que:

⁷⁸ HERNÁNDEZ VELASCO, “Es absurdo hablar de genocidio”.

⁷⁹ ALBERRO, “Solange Alberro”, p. 463.

El historiador no puede ni debe más sino decir la verdad; pero como esa verdad iluminada por la filosofía del escritor afecta muchas veces formas y proporciones que están muy lejos de ser ciertas, preciso es alumbrar cada uno de los cuadros con la luz que le es propia.

El problema sobreviene cuando en el afán de explicar en función de las necesidades del momento desfiguramos las ideas que, en un contexto diferente, significaban algo distinto a lo que nosotros pretendemos, y eternizamos esa interpretación ya sea por su utilidad para la conservación del *statu quo* o para la creación de un nuevo orden de cosas que deseamos alcanzar. Y aunque, como advierte Marc Bloch: “El historiador no es, o es cada vez menos, ese juez de instrucción, arisco y malhumorado, cuya imagen desagradable nos impondrían ciertos manuales de iniciación a poco que nos descuidáramos”,⁸⁰ y esto debería aplicar particularmente a los historiadores académicos, lo cierto es que muchos entre nosotros siguen practicando alegremente la justicia distributiva tan del gusto de los autores decimonónicos, particularmente en tiempos políticos tan polarizados como el que vivimos actualmente.

Mucho es lo que se ha dicho y escrito al respecto de la objetividad histórica, contrarrestada en la práctica con argumentos ideológicos acerca de la razón de ser de la historiografía como conocimiento del pasado para el mejoramiento no solo del presente sino hasta del porvenir, pero a estas alturas del desarrollo de esta disciplina es evidente que tal objetividad no es una prioridad de quienes ven en ella solo una herramienta para la conservación o la obtención del poder o al menos creen que vale la pena desfigurar un poco los hechos que relatan con vistas a un teleológico bien mayor. En efecto, la facilidad con la que se pasa de un legítimo interés por el bienestar social y el desarrollo humano a una ilegítima manera de alterar los relatos históricos para que coincidan con la ideología e intereses de los autores es inquietante.

Como mencionamos desde el principio, la manera en la que las interpretaciones sobre la conquista y colonización de la Nueva España (y en general sobre la historia) calan dentro del conjunto de la sociedad a partir del trabajo de los historiadores académicos debería llevarnos a ser todavía

⁸⁰ BLOCH, *Introducción a la historia*, p. 73.

más prudentes de lo que habitualmente somos y a redoblar los esfuerzos para separar nuestros intereses políticos de las explicaciones históricas que realizamos. Solo que precisamente es eso lo que los victimistas no desean hacer, pues transparentar sus objetivos afecta proporcionalmente la eficiencia de su discurso, dado que su poder se deriva precisamente de ser presentado de manera subrepticia como conocimiento. Por lo demás, y salvo alguna reconsideración que pudiera efectuar en el futuro, considero necesario hacer estas observaciones sobre nuestro trabajo como historiadores, especialmente cuando muchas de ellas son parte de nuestras discusiones cotidianas tras bambalinas, y si forman parte de lo que pensamos y rumiamos para nosotros mismos en lo privado, también vale la pena comentarlo en público y en voz alta.

REFERENCIAS

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE ROJAS, Carlos, *Antimanual del mal historiador o cómo hacer una buena historia crítica*, México, Ediciones La Vasija, 2003.
- ALBERRO, Solange, “Solange Alberro”, en Enrique FLORESCANO y Ricardo PÉREZ MONTFORT (Compiladores), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, Conaculta, 1995, pp. 456-477.
- ALONSO CORATELLA, Guadalupe, “Lorenzo Meyer: ‘Que el nacionalismo no sea una excusa de sinvergüenzas’”, en *Milenio*, 28 de mayo de 2021, <https://n9.cl/tu6cf> [consultado el 4 de enero de 2024].
- ANDRADE GUEVARA, Víctor Manuel, “La Teoría Crítica y el pensamiento decolonial: hacia un proyecto emancipatorio post-occidental”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, LXV: 238, 2020, pp. 131-154.
- BLOCH, Marc, *Introducción a la historia*, traducción de Pablo Casanova y Max Aub, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- BOBBIO, Norberto, Nicola MATTEUCCI y Gianfranco PASQUINO (Directores), *Diccionario de política*, nueva edición enteramente revisada y ampliada, traducción de Raúl CRISAFIO, Alfonso GARCÍA, Miguel MARTÍ, Mariano MARTÍN y Jorge TULA, México, Comisión Bicameral del Sistema de Bibliotecas del Congreso de la Unión LXII Legislatura, Siglo XXI Editores, 2015.
- BUSTAMANTE, Carlos María de, *Cuadro histórico de la revolución de la América mejicana*, Méjico, Imprenta de Juan R. Navarro, 3ª edición mejicana, tomo 1, 1854, <https://n9.cl/18dg8> [consultado el 20 de agosto de 2023].

- BUSTAMANTE, Carlos María de, *Cuadro histórico de la revolución de la América Mexicana*, Primera época, México, Imprenta de la Águila, 1823, <https://n9.cl/s8ffh> [consultado el 22 de agosto de 2023].
- CANCINO VÁZQUEZ, Arlett. “La representación de la Malinche en los discursos históricos y su trasgresión en la dramaturgia mexicana escrita por mujeres”, en Alberto ORTIZ y Víctor Manuel CHÁVEZ (Coordinadores), *Nueva España en Perspectiva. Proyectos de investigación*, Zacatecas, Universidad Autónoma de Zacatecas “Francisco García Salinas”, 2019, pp. 27-37.
- CANCINO VÁZQUEZ, Arlett y Elsa Leticia GARCÍA ARGÜELLES, “Los nombres de La Malinche y su resonancia ideológica en la construcción de la mujer mexicana”, en Alberto ORTIZ et. al. (Coordinadores), *Maravillas, prodigios y personajes de la cultura novohispana*, Zacatecas, Texere, 2021, pp. 123-134.
- CARBONELL, Charles-Olivier, *La historiografía*, Aurelio GARZÓN DEL CAMINO (Traducción), México, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- CARR, Edward H., *¿Que es la historia?*, México, Seix Barral, Ariel, 2001.
- CLAPS, María Eugenia, “Carlos María de Bustamante”, en Juan Antonio ORTEGA Y MEDINA y Rosa CAMELO (Coordinación), Virginia GUEDEA (coordinación del volumen III), *Historiografía mexicana. Volumen III. El surgimiento de la historiografía nacional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Primera edición electrónica, 2019, pp. 109-126, <https://n9.cl/5mxsh> [consultado el 20 de agosto de 2023].
- CONSTANTINO, Rodrigo, “La falacia del polilogismo”, en *Xoán de Lugo*, Santiago de Compostela, <https://n9.cl/ootpvn> [consultado el 10 de noviembre de 2023].
- CORCUERA DE MANCERA, Sonia, *Voces y silencios en la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- CRUZ, Luz Marina, “La historia en clave feminista”, en *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 15: 34, 2010, pp. 27-41.
- DE VALLE ARIZPE, Artemio, “Hubo Pípidas”, en Artemio DE VALLE ARIZPE, *Personajes y leyendas del México virreinal*, México, Panorama Editorial, (Colección Panorama), 1989, pp. 142-161.
- DOMÍNGUEZ ÁNGELES, Alondra, “De Centla a Tenochtitlan. Conociendo a Malintzin: Entre la historia y el mito”, en *Edähi Boletín Científico de Ciencias Sociales y Humanidades del ICSHup*, 10, 2022, pp. 31-41.
- ECURED, “Victimismo”, Gobierno de Cuba, Ministerio de Comunicaciones, <http://www.ecured.cu/Victimismo> [consultado el 15 de agosto de 2023].
- ESPINOSA MARTÍNEZ, Edgar Iván, “En busca de un método: La escritura de la historia en México, 1853-1889”, en *Relaciones*, xxx: 123, 2010, pp. 21-58.
- FLORESCANO, Enrique, *El nuevo pasado mexicano*, México, Cal y Arena, 1999.
- FONTANA, Josep, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Editorial Crítica, 1982.

- GARCÍA-PEÑA, Ana Lidia, “De la historia de las mujeres a la historia del género”, en *Contribuciones desde Coatepec*, 31, 2016, pp. 121-136.
- GIGLIOLI, Daniele, *Crítica de la víctima*, traducción de Bernardo Moreno Carrillo, Herder (Pensamiento Herder), 2017. Edición digital.
- GILLY, Adolfo, “La historia como crítica o como discurso del poder”, en Carlos PEREYRA, *et al.*, *Historia, ¿para qué?*, México, Siglo XXI Editores, 2005, pp. 195-225.
- GONZÁLEZ, Luis. *El Oficio de Historiar*, México, El Colegio de Michoacán, 1991.
- HERNÁNDEZ VELASCO, Irene, “Es absurdo hablar de genocidio en el contexto de la conquista de América”: Fernando Cervantes, historiador mexicano”, en *BBC News*, Mundo, 2 de noviembre de 2021, s.l, <https://n9.cl/4p6s5> [Consultado el 15 de junio de 2023].
- HUTCHEON, Linda, “‘Circling the Downspout of Empire’: Post-Colonialism and Postmodernism”, en *ARIEL: A Review of International English Literature*, 20: 4, 1989, pp. 149-175.
- KAYE, Harvey, *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, España, Universidad de Zaragoza, 1989.
- KRAUME, Anne, “Escribir la nación: La Independencia en las obras historiográficas de Carlos María de Bustamante y Lucas Alamán”, en *iMex. México Interdisciplinario. Interdisciplinary Mexico*, 6: 11, 2017/1, pp. 73-87.
- KRAUZE, Enrique, “Daniel Cosío Villegas”, en Enrique FLORESCANO y Ricardo PÉREZ MONTFORT (Compiladores), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, pp. 87-122.
- MERINO ROBADO, Juan José, “La Malinche: La gran artífice del Virreinato de la Nueva España”, en *Tras la última frontera*, <https://n9.cl/gs2ed> [consultado el 15 de junio de 2023].
- MORENO HERNÁNDEZ, Carlos, *Literatura y cursilería*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1995.
- NACIONES UNIDAS, *Informe de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer. Beijing, 4 al 15 de septiembre de 1995*, Naciones Unidas, Nueva York, 1996, <https://n9.cl/v4jl> [consultado el 7 de noviembre de 2023].
- NASH, Mary, “Nuevas dimensiones en la historia de la mujer”, en Mary NASH (Editora), *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1984, pp. 9-50.
- OROZCO Y BERRA, Manuel, *Historia antigua y de la conquista de México*, t. 1, México, Tipografía de Gonzalo A. Esteva, 1880, <https://n9.cl/7xtnsc> [consultado el 20 de junio de 2023].
- PEREYRA, Carlos, “Historia, ¿para qué?”, en Carlos PEREYRA, *et al.*, *Historia, ¿para qué?*, México, Siglo XXI Editores, 2005, pp. 11-31.

- PLUCKROSE, Helen y James LINDSAY, *Teorías cínicas. Cómo el activismo académico hizo que todo girara en torno a la raza, el género y la identidad... y por qué esto nos perjudica a todos*, Alejandra FREUND (Traducción), Madrid, Alianza Editorial, 2023.
- RESTALL, Matthew, *Los siete mitos de la conquista española*, traducción de Marta Pino Moreno, Barcelona, Editorial Paidós, 2010.
- RIVA PALACIO, Vicente, “Discurso del 16 de Septiembre”, en Vicente RIVA PALACIO, *Ensayos históricos*, José Ortiz MONASTERIO (Compilación y Coordinación), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Mexiquense de Cultura, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997, pp. 58-72.
- RIVA PALACIO, Vicente, *México a través de los siglos*, tomo III, México, Editorial Cumbre, 1987.
- ROZAT DUPEYRON, Guy, “El desierto, morada del demonio. Bárbaros viciosos y censores jesuitas”, en *Trace*, 22, 1992, pp. 24-30.
- ROZAT DUPEYRON, Guy, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2010.
- ROZAT DUPEYRON, Guy, “Tenemos qué repensar la conquista”, México, Gobierno de la Ciudad de México, Secretaría de Educación, Ciencia, Tecnología e Innovación, 3 de Marzo de 2021, <https://n9.cl/zp3ql> [consultado el 28 de mayo de 2023].
- ROZAT DUPEYRON, Guy, “El relato de la conquista de México como discurso colonial”, en Hipólito RODRÍGUEZ HERRERO (Coordinador), *La conquista de México y su uso en la Historia*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2021, pp. 241-264.
- SANDOVAL VILLEGAS, Martha y Erik VELÁZQUEZ GARCÍA, “Doña Marina: Atavío, imagen y texto en el llamado Fragmento de Texas”, en Hipólito RODRÍGUEZ HERRERO (Coordinador), *La conquista de México y su uso en la Historia*, Xalapa, México, Universidad Veracruzana, 2021, pp. 199-239.
- VÁZQUEZ, Josefina Zoraida, “Carlos María de Bustamante, La república criolla”, en *Historia mexicana*, LXVII: 3, 2018, pp. 1435-1442.
- VON MISES, Ludwig, “La economía y la rebelión contra la razón”, en *Procesos de Mercado: Revista Europea de Economía Política*, xv: 1, 2018, pp. 383-408.

Fecha de recepción: 24 de marzo de 2025

Fecha de aceptación: 13 de junio de 2025